

LA ESTRELLA DE LOS GEÓMETRAS

por Louis Trébuchet

Traducción de Charis Boucher (cboucher@gmx.es)

Louis Trébuchet es conocido sobre todo como escritor sobre temas masónicos. Antes, en 1.973, había abandonado su carrera como informático para dedicarse a la producción de vinos en la región de Borgoña, donde además desempeñó cargos de responsabilidad en el Comité Regional de Turismo y en el Comité Nacional de Viticultores.

Como masón, desde su ingreso en la Gran Logia de Francia en 1.990, contribuyó durante más de veinte años en la revista de la misma *Points de vue initiatiques (Puntos de vista iniciáticos)* de la que además fue director en 2.006. Entre sus obras destaca un trabajo en cuatro tomos sobre el Rito Escocés, del que también publicó dos artículos en español en *Papeles de Masonería* n.ºs 8 y 9. Fue Gran Tesorero y Gran Maestro adjunto de la misma Gran Logia, miembro de la jurisdicción del Supremo Consejo de Francia y Venerable Maestro de la Logia de Investigación "Marqués de Lafayette".

En internet, gestiona el blog *Ouvrir les Yeux (Abrir los ojos)*, <http://louistrebuchet.blog.lemonde.fr/> y un proyecto de biblioteca masónica compartida en www.masoniclib.com (en francés, inglés y español).

En el artículo que compartimos aquí (de 2005), con su expreso consentimiento, repasa algunos procedimientos geométricos del trazado del pentágono (y el pentáculo), pero, sobre todo, otras interesantes reflexiones sobre su origen y simbolismo.

Geometría Tradicional "Raymundo"

“El divino Pitágoras, aunque juzgó bien no dejarnos ninguno de sus propios escritos, al menos según Ocelo Lucano, Arquitas y el resto de sus discípulos, no comenzaba nunca una carta con ‘Buenos días’ o ‘Prosperidad’, sino que prescribía empezar con ‘Salud’. También todos sus discípulos tenían la costumbre de poner el deseo de ‘Salud’ al principio de toda su correspondencia, porque convenía perfectamente al alma y al cuerpo. Asimismo, al Pentagrama, símbolo interno de la secta, lo llamaban ‘Salud’¹”.

Sin hacer remontar por ello hasta esa época la costumbre muy corriente y apreciada en la francmasonería de presentar los Saludos, este texto es el testimonio más antiguo del uso del pentagrama estrellado como signo de reconocimiento por los pitagóricos. Es en Pitágoras y su escuela, por lo tanto, donde el compañero buscará en primer lugar el significado de la estrella flamígera. Inventor de los términos “filosofía” y “cosmos” para describir la organización del Universo², Pitágoras abrió, en el siglo VI a.C., la vía de un método de reflexión no empírico y puramente intelectual³. Adaptando a su época tradiciones más antiguas, como el orfismo, fundó y realmente dirigió una nueva escuela iniciática, que parece estar en el origen de la filosofía socrática y platónica. Esta escuela de iniciados, la más antigua atestiguada, en la que prestaban juramento de secreto, fue una secta fundada sobre la fraternidad, la pasión por la aritmética y la geometría, que intentó en vano extender al conjunto de toda la ciudad la búsqueda de la armonía moral ligada a la comprensión de la armonía del universo, que se hallaba felizmente en el fundamento de su camino iniciático individual. La secta apenas sobrevivió a su fundador, pero la escuela de pensamiento que dejó influenció a matemáticos y filósofos durante varios siglos, ya que los documentos más completos que poseemos sobre su vida y su obra fueron escritos ocho siglos después de su muerte por Porfirio⁴ y Jámblico⁵.

“Era gente silenciosa y siempre presta a escuchar a los demás, hasta el punto de que saber escuchar era un motivo de elogio” nos explica Jámblico, que continúa mostrando algunas de las numerosas parábolas que constituían su enseñanza, entre las cuales la siguiente, que me parece perfectamente adaptada para el iniciado en el camino iniciático: *“Evita las avenidas frecuentadas, mejor explora los senderos”*. Todo esto no parece extraño para el franc-masón de hoy día; al contrario, estos comportamientos nos resultan muy familiares. Pero la semejanza más próxima está en los Deberes compañónicos, y no es sorprendente que, a más de mil años de distancia, se reconozcan bajo el mismo signo: el pentagrama estrellado.

En efecto, ya sea en la escuela pitagórica o en el “compañonage”, se trata a la vez del descubrimiento, el desarrollo, la enseñanza y la memorización de los secretos geométricos del oficio, que necesitan un largo aprendizaje, así como de la transmisión de una concepción del mundo y de la vida que da todo su sentido espiritual a este oficio y a estos secretos. Así, la elección de la estrella regular de cinco puntas como signo de reconocimiento es completamente significativa. Los geómetras saben que solo se puede trazar de manera justa y precisa si se ha aprendido su trazado, se ha sido iniciado en este secreto y este trazado en sí constituye la expresión del Número de Oro.

No escatimemos nuestra admiración por los maestros de obra cada vez que veamos un rosetón de cinco, siete o nueve puntas, o la división de un ábside en cinco, siete o nueve capillas, pues, esto, que es tan fácil hoy día tomando un ángulo de 36° o 108° con un transportador de ángulos, no existía en esa época y siguió siendo desconocido e inimaginable en Europa hasta bastante después del Renacimiento.

Cualquier trazado de construcción no podía ser más que geométrico, a base de la cuerda con nudos, el compás y la escuadra. Y si la división del círculo en tres, seis u ocho era un trazado de niños, o al menos para el aprendiz geómetra, el trazado de la división en cinco, siete o nueve era más complicado.

En efecto, solamente fue en el transcurso del siglo XVI cuando el Renacimiento efectuó una profunda mutación en los métodos matemáticos, una revolución para Europa, con la introducción del cálculo con cifras, la cifra en sí, el cero y la coma, que aparecieron por primera vez en un cálculo europeo en 1592.

A un estudiante del siglo XVI se le podía aconsejar que fuera a aprender la adición y la sustracción en las universidades francesas o alemanas, pero para aprender la multiplicación y la división hacía falta

pasar al menos tres años en una universidad italiana. Montaigne, el hombre honesto, una de las personas más cultivadas de su siglo, escribía en 1575: “No sé contar ni con fichas ni con pluma⁶”. No sabía contar ni con pluma, escribiendo las cifras árabes, ni con fichas.

El cálculo aritmético de esa época, en efecto, era complejo, y reservado a una élite, porque se hacía siempre con un ábaco de fichas, idéntico al *abacus* romano con sus *calculi*, como una especie de tablero con columnas sobre el que se desplazaban las fichas que se contaban. Por su parte, los ingleses, conservadores donde los haya, guardaron este sistema de contabilidad hasta la Revolución Francesa, y de ahí el título de “Chancellor of the Exchequer” que tiene el ministro de economía británico.

El cálculo escrito con cifras árabes y empleando el cero, mucho más fácil de utilizar, no apareció por primera vez en Europa hasta un manuscrito de 1478, llamado la “aritmética de Treviso”. Y hemos visto que, un siglo después, era aún el privilegio de algunos científicos punteros, puesto que incluso Montaigne confesaba no conocer nada de ello.

En 1401, por tanto, nada de cifras y nada de divisiones o multiplicaciones, puesto que las cifras árabes no llegaron hasta 77 años más tarde, en 1478. Tampoco libros donde difundir la información, solo algunos manuscritos en las bibliotecas de los monasterios, ya que Gutenberg no inventaría la imprenta hasta 55 años más tarde, imprimiendo el primer libro, la Biblia, en 1456. En 1401, el conocimiento científico, por el contrario, estaba mucho más avanzado entre aquellos que llaman Sarracenos, es decir, en las civilizaciones árabe-musulmanas de Persia, Oriente Medio, norte de África y España.

¿Y por qué 1401 me preguntaréis? ¿Porque es el principio de un siglo? ¿O el fin de otro? ¿El fin de los siglos de las Cruzadas? No, San Luis llevaba muerto más de 131 años, desde la debacle poco gloriosa de la última cruzada. ¿El fin de la Orden de los Templarios? No, hacía unos 90 años que Jacques de Molay había convocado a sus torturadores al Tribunal de Dios desde lo alto de su hoguera. ¿El fin del siglo de las catedrales? Es verdad que el fin de esa época fecunda se aproximaba, pero algunos magníficos edificios aún no habían surgido de la tierra.

1401, porque es la fecha en la que los compañeros fijan, en su leyenda, la escisión de Orléans. En la historia legendaria transmitida por la tradición compañónica, parece que ningún Deber pone en duda la precedencia del rito de los Hijos de Salomón, que practican los compañeros canteros (los compañeros Extranjeros) que se hacen llamar Hijos de Salomón. A propósito de este Deber, Agricol Perdiguier, conocido como “Aviñónés la Virtud⁷”, él mismo “gavot”, es decir, del mismo Deber pero compañero carpintero, escribía en 1839: “*Hacen circular entre ellos una vieja fábula, en la que tratan de Hiram, según unos, o de Adoniram, según otros, donde se ven crímenes y castigos, pero dejo esta fábula por lo que vale⁸*”.

Aunque ciertas teorías ven en este “compañonage” de los Hijos de Salomón (que después de la escisión se llamó Deber de Libertad) una nueva rama constituida por protestantes que habían abandonado los deberes católicos, tras la revocación del Edicto de Nantes, yo por mi parte me inclino por la hipótesis inversa, la de la anterioridad de los Hijos de Salomón, retomando así la opinión expresada por Agricol Perdiguier: “*Raramente se cuestiona a los compañeros Extranjeros el ser los decanos del “compañonage”. Los herreros, Hijos del Maestro Santiago, me han dicho con frecuencia: “Reconocemos a los compañeros Extranjeros como nuestros padres en el compañonage”. En efecto, si los Hijos del Maestro Santiago hubieran existido solos, y si una fracción separada de su sociedad hubiera tomado de repente, en los siglos XII o XIII, el nombre de Hijos de Salomón, o mucho me equivoco, o habrían perecido bajo el peso del ridículo⁹*”.

La leyenda compañónica, o mejor la historia legendaria del “compañonage”, nos cuenta que, en 1401, cuando comenzó la construcción de las torres de la catedral de Orléans, bajo la dirección de Jacques Moler, conocido como “La Flecha de Orléans”, y de Soubise de Nogent, conocido como “Parisino, el Sostén del Deber”, se produjo una escisión en el seno del Deber¹⁰ debido a una conspiración: una huelga organizada entre los obreros. Jacques Moler y Soubise consiguieron del Parlamento la anulación de todos los gremios organizados y, a través de esta amenaza, reunieron bajo su mando a la mayoría

de los compañeros, a excepción de algunos canteros y carpinteros que querían permanecer fieles a las normas dictadas por Salomón.

Según la leyenda recogida por François Icher, Jacques Moler y Soubise decidieron entonces destruir los antiguos títulos y manuscritos relacionados con el “compañonage”¹¹, y proclamarse fundadores de un Santo Deber de Dios, cuyo maestro espiritual no era otro que el Cristo. Se declaró una regla del Deber nueva, dejando un amplio espacio para las pruebas de la Pasión y las Parábolas de Cristo, y, en la misma asamblea, se decidió que a los obreros no católicos ya no se les recibiría como compañeros. Es bajo esta forma como se encuentra recogida en la mayoría de los autores compañónicos la escisión de los Deberes del Maestro Santiago y del padre Soubise, a partir del Deber de los Hijos de Salomón, que pasó a llamarse Deber de Libertad y que, además, no se abrió jamás a otros gremios, quedando limitado a los oficios de la construcción, canteros, carpinteros y herreros.

Algunos, como Martin Saint-Léon, sitúan la escisión de Orléans bajo la égida de Jacques de Molay, en 1285¹². En realidad, poco importa. Lo que cuenta, independientemente de la fecha exacta, es que este “compañonage” de origen estaba limitado a los oficios de la construcción, los compañeros se autodenominaban Hijos de Salomón, sin referencia a la Iglesia católica, y se transmitían la leyenda de Hiram. Se ve claramente que a partir del siglo XVI había varios Deberes, ya había libros, y habían llegado las cifras árabes y el cálculo “a pluma”, mientras que, durante los dos grandes siglos (XII y XIII) de la construcción de catedrales góticas, en Francia no existía más que un Deber de constructores, Salomónico, y en Alemania los “Frei-Maurer”, sin libros -quizá unos pocos-, sin cifras, sin cálculo aritmético, solo el arte del Trazado, la escuadra y el compás, el bastón y la cuerda de 12 nudos, y, probablemente, contactos, gracias a los Cruzadas, con una civilización árabe desbordante de descubrimientos en todos los dominios.

Este “compañonage” tuvo que hacer frente a los poderes públicos reales y locales, quienes, privilegiando las corporaciones municipales o de la realeza, prohibían las cofradías de gremios, y también a una Iglesia que dejaba caer una losa de plomo sobre el progreso científico, condenando a la hoguera no solamente a los manuscritos, sino también a aquellos que los escribían -los Valmes o los Giordano Bruno- y que no dejará de intentar controlar este “compañonage” de una manera u otra.

No había pues, en esta época heroica, ni cifras, ni multiplicación, ni división. Que no se hable, por lo tanto, del valor iniciático o simbólico de un ángulo de 33°, por ejemplo. Esto no tenía en esa época, al menos en el mundo europeo o mediterráneo, ningún significado. Ni los oficiales ni los maestros sabían que el ángulo principal de los frontones, tan elegantes, construidos tradicionalmente durante toda la Antigüedad, era un ángulo de 108°, pero sabían cómo reconstruirlo, gracias al compás y a la regla, en el centro del pentágono estrellado. Igualmente, no se buscaba sobre un transportador el ángulo de 51,4285714...° para dividir un rosetón en siete partes iguales, o para hacer siete capillas tras el coro. Además, esto no es exacto, puesto que 360 no es divisible por 7, lo que, por otra parte, está en el origen de la noción de la semana, inventada por los sumerios, que, como no contaban en decimales, sino en números en base 360, no sabían qué hacer con un séptimo día que no entraba en sus cálculos.

Los compañeros se transmiten el arte del Trazado, antepasado de la geometría descriptiva a la que más tarde dio forma nuestro hermano Gaspard Monge. El arte del Trazado permite trazar formas, proyectar volúmenes y curvas sobre superficies, utilizando únicamente el compás y la escuadra. En una bóveda, cada piedra tiene una forma particular. Id a ver en París los estribos del Puente de Alejandro III, que se construyó mucho más tarde, en 1899, y veréis que cada piedra es única. El Trazado permitió a un Honesto Compañón Pasante Cantero del Deber, conocido como “Hermoso Corazón de Coutras”, dibujar cada piedra a partir del trazado del puente, haciéndolas tallar en una cantera a 25 km y encajándolas sin ajustes mayores a su llegada a París. Sin entrar en la significación esotérica del abandono de los metales, también rinde homenaje al arte del Trazado el Libro de los Reyes, cuando indica que no se oía en la obra del templo de Salomón ningún ruido de martillo o cincel: el trazado era tan preciso, y las piedras habían sido tan bien talladas en la cantera por los compañeros de Hiram, que no hacía falta ninguna rectificación a pie de obra.

En la época que nos interesa, por lo tanto, para dividir un círculo en 5 partes iguales utilizaban su compás y su escuadra. Esta construcción geométrica es de hecho la del Número de Oro, de la partición en media y extrema razón, llamada también Sección Dorada o Proporción Divina, que se encuentra tanto en la altura de la pirámide de Keops, según Herodoto, como en la fachada del Partenón, según Fidias, y en las proporciones de la catedral de Santa Sofía de Constantinopla. Todas las relaciones en el seno del pentagrama estrellado (proporciones de sección de los segmentos, relación entre círculo exterior e interior, etc.) son, en efecto, expresiones del Número de Oro, división en media y extrema razón, objeto de especulación de numerosos matemáticos y filósofos, de la que sabemos hoy, gracias a la invención del álgebra por al-Juarismi, y su desarrollo por Abu Kamil y al-Karaji en torno al año mil, que es la solución a la ecuación $(A+B)/A = A/B = \phi$, es decir, $\phi^2 = \phi + 1$, pero que hasta el Renacimiento no podía ser trazada más que geoméricamente (Fig. 1).

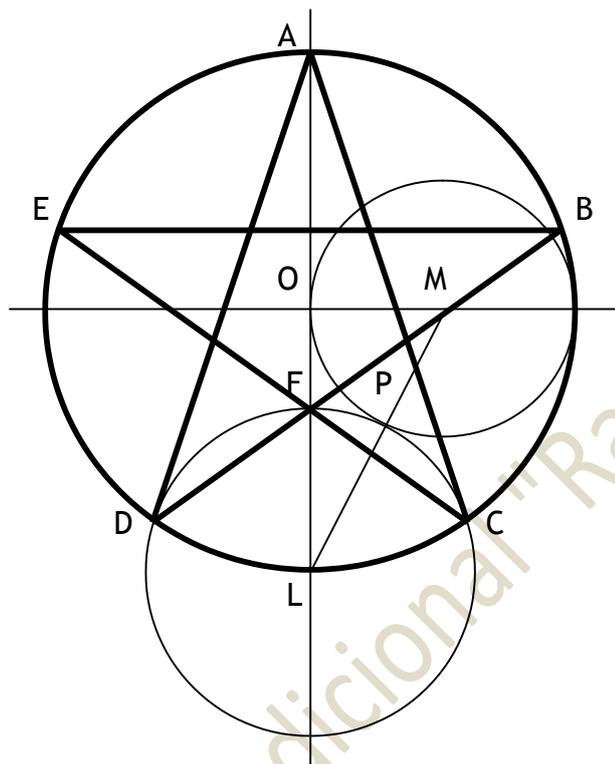


Fig. 1: Trazar la mitad del radio horizontal M. Unirla al extremo del radio en L. El círculo de centro M y de radio MO corta LM en P. El círculo de centro L y de radio LP corta el círculo inicial en C y en D, y corta OL en F. La recta CF corta el círculo inicial en E. La recta DF corta el círculo inicial en B. ABCDE divide el círculo inicial en 5 partes iguales.

Esta es la razón por la que el pentagrama estrellado fue considerado por Pitágoras y sus discípulos como la expresión misma de la geometría, como la expresión misma de su arte, y por la que la estrella de cinco puntas fue adoptada por los pitagóricos como misterioso signo de reconocimiento. Los compañeros conservaron la Estrella Flamígera como signo simbólico, y nosotros después de ellos. En una tablilla sumeria indicaba ya que el Número de Oro se encuentra en el pentágono estrellado tantas veces como dedos tiene el hombre en las manos y los pies.

Esta construcción permite obtener también, de diversas maneras, la cuadratura del círculo, ya se trate tradicionalmente de la cuadratura perimétrica (que consiste en obtener un cuadrado del mismo perímetro que la circunferencia del círculo) o del problema científico clásico de la cuadratura de sus superficies. Uno de los trazados de esta cuadratura perimétrica, basado en el pentágono estrellado, es la cuadratura llamada "egipcia" (Fig. 2).

Un segundo trazado de cuadratura fue puesto de manifiesto por H. Cevey en el trazado del coro de Nuestra Señora de Lausana¹³: Se trata, de hecho, no de una cuadratura perimétrica (la aproximación sería demasiado grosera, 13,5 %), sino de una cuadratura de las superficies, con una precisión del orden del 1 % $((2+(\phi - 1)\sqrt{\phi+2})/\pi)$ (Fig. 3).

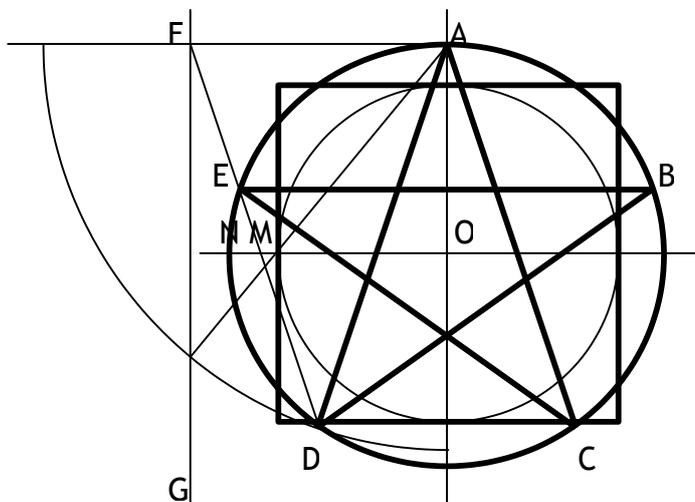


Fig. 2: Trazar FG , que es paralela al diámetro AL a una distancia igual a CD . El círculo de centro A y de radio AD corta esta paralela en H . La recta AH corta el radio horizontal ON en M . Trazar un círculo de centro O y radio OM , que corta los 4 radios perpendiculares. Trazar el cuadrado cuyos lados son paralelos a los radios pasando por esos puntos. (N. del T.: por error en el original, no aparece en la figura la letra H , entre F y G).

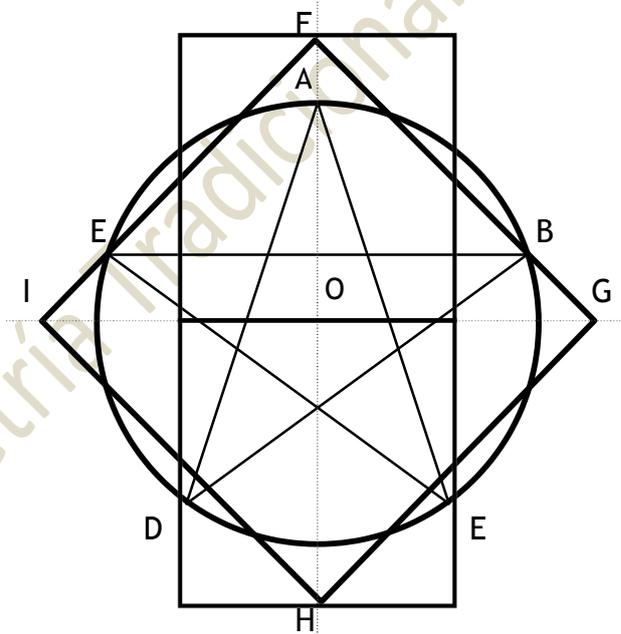


Fig. 3: A partir del trazado del pentagrama $ABCDE$, trazar el cuadrado $FGHI$ que corta el círculo en E y B . (N. del T.: por error en el original, hay señalada una segunda E en lugar de una C en el vértice inferior derecho del pentagrama).

La cuadratura por las “Tres Tablas” se obtiene utilizando de manera un poco diferente la división del círculo en siete partes iguales, es decir, la construcción del ángulo de $2\pi/7$ (Fig. 4).

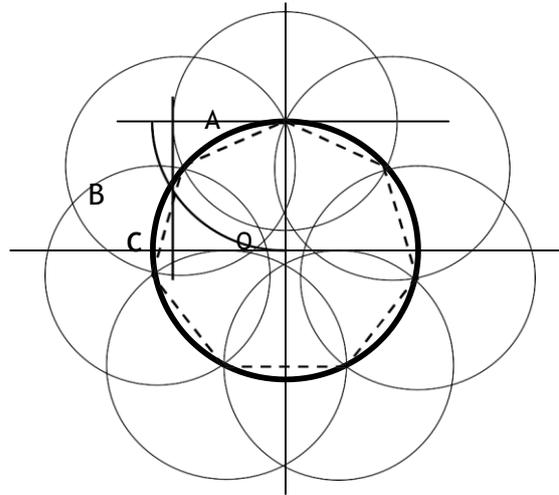


Fig. 4: Trazar el círculo de centro O y los diámetros perpendiculares. Abatir el radio sobre la circunferencia que la corta en B. Proyectar perpendicularmente B sobre el diámetro de la circunferencia en C. Trasladar la distancia OC sobre la circunferencia 7 veces.

Usando bien el compás, bien la cuerda de 12 nudos y 13 intervalos, se obtiene la base de un rectángulo, “de doble cuadrado”, y después el cuadrado que tiene la misma superficie que el rectángulo (Fig. 5).

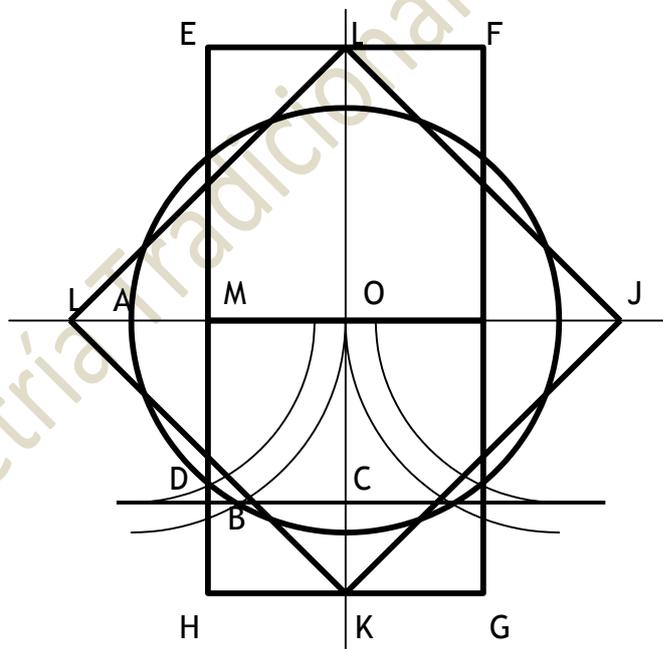


Fig. 5: Siguiendo la división del círculo en 7 partes iguales, desde un punto A de la circunferencia, se corta en D. La proyección de D sobre el radio de la circunferencia lo corta en M, lo que permite construir el rectángulo “doble cuadrado” EFGH, cuyo centro es O. Siendo I la mediatriz de EF, y K la de HG, el cuadrado IJKL tiene la misma superficie que el rectángulo y el círculo.

La superficie del cuadrado y del rectángulo así obtenida, o por idéntica construcción de la cuerda de 12 nudos, es igual a la del círculo, con una aproximación de alrededor del $5/1000$ ($8\pi/25$). Esta aproximación es exactamente la de los sumerios, que encontramos aquí a 40 siglos de distancia: si $8\pi = 25$, entonces $\pi = 3 \frac{1}{8}$. Está también ilustrada en un esquema de una muy elegante simplicidad de A. Durero (Fig. 6).

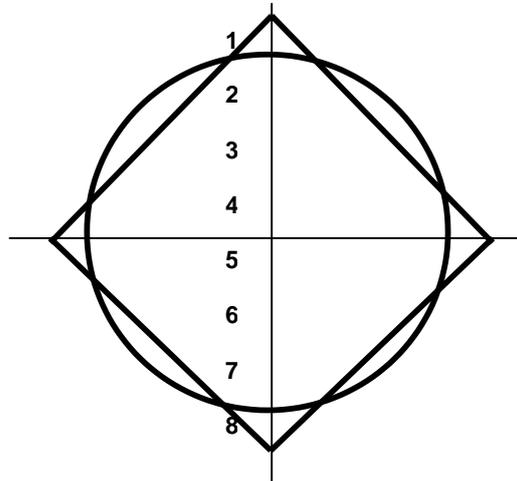


Fig. 6: El diámetro del círculo es igual a cuatro quintos de la diagonal del cuadrado.

En sentido inverso, para pasar del cuadrado al círculo, se seguía el mismo camino de las “Tres Tablas”, el rectángulo “doble cuadrado” de la misma superficie que el cuadrado, y la construcción del círculo, esta vez buscando el centro del círculo mediante la cuerda de 12 nudos aplicada al lado pequeño, lo que da exactamente la misma construcción y la misma precisión (Fig. 7).

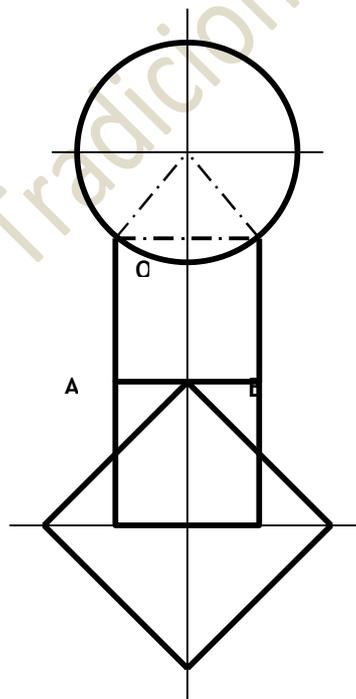


Fig. 7: El centro del círculo O se obtiene con la cuerda de 12 nudos y 13 intervalos (OAB), tomando 5 intervalos para la base AB y 4 para cada uno de los radios OA y OB . Es, de hecho, la fórmula de la construcción del heptágono regular.¹⁴

Este camino, del cuadrado al rectángulo “doble cuadrado” y después al círculo, es el que seguimos al entrar en una catedral, del nártex a la nave, y de la nave al coro. Y este es el que querían los compañeros que siguiésemos, de la Tierra al Cielo, pasando por el rectángulo “doble cuadrado”. Serán estos compañeros los actores de nuestro siguiente desarrollo. Nos esclarecerán la transmisión tradicional, la transmisión exotérica de los saberes ligada de forma íntima a la transmisión esotérica del Conocimiento.

SABERES Y CONOCIMIENTO

“Con frecuencia se piensa que los masones `operativos` no eran más que simples obreros o artesanos (y nada más que eso) y que el simbolismo de los significados más o menos profundos no llegaría hasta bastante más tarde, con la introducción en las organizaciones corporativas de personas ajenas al arte de la construcción... Es necesario tener presente lo contrario al pensamiento corriente y considerar la masonería especulativa, desde ciertos puntos de vista, como una degeneración de la masonería operativa. En efecto, esta última era verdaderamente completa en su orden, poseyendo al mismo tiempo la teoría y la práctica correspondiente, y, según esta relación, su designación puede comprenderse como una alusión a las operaciones del arte sagrado, entre las que la construcción según las normas tradicionales era una de sus aplicaciones”.

En otras palabras, nos dice René GUENON¹⁵, estos compañeros practicaban el simbolismo de la ciencia sagrada, al tiempo que sus símbolos les permitían memorizar sus procedimientos geométricos. De la misma manera que Pitágoras incorporó el uso de sus herramientas geométricas para imaginar dentro de la música de las esferas respuestas para lo inexplicable del mundo y dar a sus discípulos una ética de la vida, los compañeros elaboraron una simbología de la relación entre la Tierra y el Cielo y transmitieron a sus aprendices no solo una formación técnica, sino también un Conocimiento: no solamente herramientas para trabajar, sino también herramientas para vivir. Es sorprendente además constatar la poca distancia temporal existente entre los pitagóricos y los compañeros de la época de las catedrales, sin duda debido al vacío científico impuesto en Europa por los bárbaros, y después por la Iglesia, entre el Imperio Romano y el Renacimiento.

Vemos la vida de los compañeros de esta época de alguna manera en el vacío, porque parece que no nos han dejado ningún escrito directo. Vemos su vida a partir de lo que nos queda de tradiciones anteriores, o a partir de escritos de sus hermanos, vecinos o sucesores, “frei-maurers” o “free-masons”, con, por ejemplo, los documentos estatutarios de Estrasburgo (1315) y de Ratisbona (1459), el Manuscrito Regius (1390), el Manuscrito Cooke (1410), los Estatutos de Shaw (1598), entre otros manuscritos y archivos de logias encontrados en Alemania, Alsacia, Escocia e Inglaterra; a partir de escritos y decisiones de sus enemigos, entre otros el “Livre des Métiers” del preboste de París (1268), el edicto de Villers-Cotterêts (1539) o la condena de la Sorbona (1655), y a partir de testimonios de sus sucesores, sobre todo del siglo XIX.

Pero sobre todo aprendemos al comprender sus formas tradicionales de transmisión (heredadas por nuestra franc-masonería actual¹⁶) que fluyen de forma natural, al mismo tiempo, desde el entorno objetivo de aquella época y de los saberes de los compañeros y del entorno espiritual en el que vivían, fecundados por este Conocimiento, un bien precioso que proteger y transmitir.

Un largo aprendizaje, de siete años, ya que se trataba de aprender un arte a la vez manual, intelectual y sagrado, basado en la geometría y en las múltiples figuras trazadas con la escuadra y el compás. Un aprendizaje largo, basado en el arte del Trazado y en la memoria para retener las numerosas construcciones que, en esa época, no podían justificarse con ninguna demostración matemática, y que,

naturalmente, no se conservaban en ningún libro, o tal vez en algunos manuscritos guardados en los scriptoriums de las abadías. Sin duda algunos guardaban entre ellos, como un precioso secreto, un cuaderno de croquis parecido al que nos legó Villard de Honnecourt. Este arte apelaba a la visualización de símbolos, y, sin duda, a frases mnemotécnicas que serían, como supongo, expresiones tales como “*He visto los tres círculos que encierran el cubo sobre las dos columnas*”.

Con pocos aprendices por maestro, debido a la ausencia de libros, pero también a que la más alta espiritualidad dominaba toda la enseñanza. Esta era completamente oral, de boca en boca. En consecuencia, el maestro debía estar muy presente para su aprendiz, aportándole personalmente la etapa siguiente de su enseñanza cuando era posible, cuando la letra anterior se había asimilado: “*...dame la primera letra y yo te daré la siguiente*”.

La ausencia de libros y de manuscritos se debía también a la prohibición de grabarlo, trazarlo y esculpirlo, siguiendo en este sentido las tradiciones antiguas, célticas o pitagóricas, desde luego. Pero también para alejar este arte de la hoguera de los inquisidores, que condenaban tanto a los poseedores de estos saberes como a los místicos de ese Conocimiento, y para evitar diseminar o desperdiciar este saber-hacer que seguía siendo la profunda valorización y el medio de existencia de los compañeros.

El secreto iniciático se acomodó, aunque sin duda más tarde, a algunos medios mnemotécnicos grabados, como es, me imagino, el caso del “Péndulo de Salomón¹⁷”. Aquí también la importancia del secreto iniciático estaba más amplificadas por el hecho de que una de estas construcciones geométricas eventualmente desvelada no hubiera tenido sentido, exotérico o esotérico, y hubiera sido incomprendible para el no iniciado.

El largo aprendizaje de boca en boca de un pequeño número de aprendices muy próximos al maestro parece haber sido a la vez la transmisión de una espiritualidad, de técnicas iniciáticas y profesionales, de una ética de vida y, al mismo tiempo, de un saber-hacer. Enseñarles “*a respetar y después a conocer, de ese gran arte de la Geometría, la Ciencia y el Espíritu Noble*” dice el manuscrito Regius. Y qué hay más natural que utilizar para esa transmisión el lenguaje, el simbolismo mismo de las herramientas y las técnicas del oficio. Esta educación, requerida por otra parte por los deberes, era asimismo extremadamente necesaria para evitar que los nuevos aprendices pusieran en peligro el “compañonage”, que debía continuar prosperando y viviendo pese a la creciente presión de los poderes públicos y las corporaciones.

Esta creciente presión, que condujo a sucesivas prohibiciones, llevó al “compañonage” a la clandestinidad y al secreto de pertenencia, y, consecuentemente, por la vía de los signos, a las palabras y los gestos que la Tradición nos ha dejado. Sin embargo, es posible sin duda que los Hijos de Salomón se reconocieran también como tales por el simple reconocimiento de su arte, como nos toca hacerlo durante una reunión o un encuentro de trabajo profanos: “*Mis hermanos me reconocen como tal*”.

Los compañeros de los siglos XII, XIII y XIV parecen haber estado muy próximos a la formulación de Platón: “*Si la Geometría empuja a contemplar la Esencia, entonces nos conviene, pero si se detiene en el devenir, no nos conviene... Por tanto, ¿no habría que convenir que la Geometría tiene como objeto el Conocimiento de lo que siempre es y no de lo que nace y perece con el tiempo? Tenemos que convenirlo, porque la Geometría es, en efecto, el Conocimiento de lo que siempre es¹⁸*”.

Así, la Geometría es también un medio para acceder a ese otro mundo que va más allá del mundo material, al mundo original de ideas que Timeo describe a Sócrates: “*Pues bien, en mi opinión es preciso comenzar por hacer esta distinción: ¿qué es lo que es siempre, sin devenir jamás, y lo que siempre deviene, sin ser jamás¹⁹?...*”

Los siglos de los constructores de catedrales son también aquellos donde está muy viva la búsqueda del Conocimiento de ese otro mundo más allá del mundo material, sed de una comprensión intuitiva y global, pero intelectualmente pura, que no satisfacía el dogma religioso de la iglesia todopoderosa.

René Guénon describe este Conocimiento: *“intuitivo e inmediato, oponiéndose en esto al conocimiento discursivo y mediato del orden racional... Es a la vez el medio del Conocimiento y el Conocimiento mismo, y en él, el sujeto y el objeto están unificados e identificados”²⁰*.

Toda una línea de filósofos, de Platón a nuestros días, pasando por las grandes civilizaciones árabo-persas, enseña que el único modo de Conocimiento de esta trascendencia es la identidad que se crea entre el conocedor y lo conocido; ese contacto total y perfecto, que ilustra para nosotros el *συμβολον* griego, medio de reconocimiento inmediato, ancestro etimológico y semántico del modo esencial de expresión y de comprensión de los franc-masones especulativos: el símbolo.

Nos enseña que la única posibilidad de Conocimiento de ese Uno esencial es que hay en nosotros una emanación del Uno, una “pequeña chispa” según el término inventado por el maestro Eckhart²¹.

Pitágoras, el primero, nos empuja a esta vía en sus “versos dorados”: *“¡Tened coraje, la raza de los Hombres es divina! La Naturaleza sagrada les revela los misterios más secretos...”*.

Platón continúa con el estudio del Conocimiento comparándolo con la *luz*: *“Cuando volvemos los ojos a los objetos que ilumina el Sol, ven claramente y muestran que están dotados de una vista nítida... Comprende entonces que es lo mismo en lo que toca al alma: cuando fija su mirada sobre lo que la verdad y el ser iluminan, lo comprende, lo conoce y muestra que está dotada de inteligencia; pero cuando lleva su mirada a lo que nace y perece, su vista se embota y ya no tiene más que opiniones”²²*. En otros términos, el alma humana está llamada a contemplar el mundo original y eterno de las ideas, y no lo que pertenece al mundo corporal de aquí abajo. Este es el paralelo que Platón desarrollará ampliamente en la alegoría de la caverna.

Más de medio siglo después, Plotino retomará, en Egipto y después en Roma, la reflexión sobre el alma humana de Platón en “Timeo”, describiendo el proceso de la emanación por el cual las realidades inferiores proceden de las realidades superiores, proceso que el Conocimiento retoma al revés, como un camino ascendente: *“Este espíritu, porque es como el Uno, crea cosas idénticas descargando una gran fuerza, y el alma es una forma de esto... Y esta actividad salida del Ser llega a ser el alma, mientras que el espíritu permanece idéntico a sí mismo. El alma, creada sin permanecer idéntica, mirando de dónde viene, se colma de ello...”²³*.

Cuando Sócrates, en “La República”, describe los medios necesarios para este Conocimiento, situando la geometría en primer lugar, añade una ciencia aún desconocida: *“El orden exige que después de lo que es elevado a la segunda potencia se pase a lo que es a la tercera, es decir, a los cubos y a los objetos que tienen profundidad. Es verdad, pero me parece, Sócrates, que esta ciencia aún no ha sido descubierta...”*.

Platón no podía imaginar que mil quinientos años más tarde, en el corazón del mundo árabe, los sabios iraníes que establecieron la resolución de las ecuaciones de tercer grado pertenecerían a esa escuela de sabios y pensadores que, al mismo tiempo, crearon el álgebra y prolongaron decisivamente la búsqueda platónica del Conocimiento. Omar Jayam (1048-1123), y después al-Kindi (796-870), al-Juarismi (790-840), al-Farabi (870- 950) y Ferdousí (933-1023), forman parte de aquellos que desarrollaron, junto a sus escritos científicos y su búsqueda filosófica y mística, una expresión poética inseparable del modo de intuición del Conocimiento que transmitían: *“Aquellos que por la ciencia van a lo más alto del mundo y que por la inteligencia escrutan el fondo de los cielos, aquellos, similares a la copa del cielo, con la cabeza vuelta, viven en su vértigo”²⁴*.

Abu Alí *al-Hussein Ibn Sinâ*, Avicena (980-1036), además del “Canón de la medicina”, sin duda su obra más célebre, transcribió también su mística en poemas, pero sobre todo escribió el fruto de su búsqueda metafísica, etapa indispensable en la herencia de Platón y los neoplatónicos: *“Hay que saber que la percepción del concepto por la inteligencia es más fuerte que la percepción de lo sensible por el sentido... También el deleite que debe venir de nuestro Conocimiento es superior al que nos viene de la sensación; no hay comparación entre ellos”²⁵*.

Según Henry Corbin²⁶, Ibn al-Arabí (1165-1240) explica que el saber de los religiosos está basado en la Ley de Mahoma, mientras que el Conocimiento de los filósofos islámicos se funda en la Ley de Idris, figura tras la cual se adivina, en la tradición islámica, las de Enoc, Seth y Hermes. Identifica así una gnosis islámica, de tradición irania, como hubo una gnosis cristiana.

Nadie hasta hoy ha relacionado el pensamiento del maestro Eckhart con la gnosis, pero más próximo a nosotros y a nuestros predecesores operativos, personifica bien la continuidad de esta búsqueda del Conocimiento. *“Hay otra manera de comprender y enseñar lo que Nuestro Señor entiende por ‘hombre noble’. Se debe saber, en efecto, que los que conocen a Dios sin velos conocen al mismo tiempo que a Él a las criaturas, pues el Conocimiento es una luz del alma, y todos los hombres aspiran por naturaleza al Conocimiento... Y es esto lo que Nuestro Señor oye cuando dice que un hombre noble lo fue: noble porque es uno y en el Uno conoce igualmente a Dios y a la criatura²⁷”.*

El maestro Eckhart OP (1260-1328), que retoma aquí la misma palabra que Avicena, “al-Wahed”, el Uno, obtuvo su Maestría en Teología en París en 1302, después fue prior de la provincia de Erfurt, antes de acabar siendo vicario general de Teutonia, en Estrasburgo, casi hasta su muerte, cuando fue condenado por la Iglesia católica. En el tiempo y en el espacio estuvo así muy próximo a nuestros antepasados “frei-maurer”. Siendo el primero que consideró el alma como “una pequeña chispa” de la luz divina, consagró la totalidad de sermones a las condiciones necesarias para que el alma alcance el puro Conocimiento del Uno: *“Los maestros dicen que el ser y el Conocimiento son todo uno, pues lo que no es tampoco se conoce, pero lo que está en el punto más alto, se conoce igualmente en el punto más alto... Allí donde el alma toma forma en la pureza primera, en la impresión de la pura esencialidad, allí donde puede gustar de Dios antes de que le envuelva de verdad o cognoscibilidad, allí donde todo empleo de un nombre está excluido: allí es donde ella recibe el ser en la igualdad... Nuestro Señor dijo a través de la voz del profeta Oseas: conduciré el alma noble a un desierto, y allí le hablaré a su corazón: El Uno con el Uno, el Uno del Uno, el Uno en el Uno, y, en el Uno, eternamente Uno²⁸”.*

En el fondo, no sé verdaderamente quién emana de quién, si la pequeña chispa en el corazón del Hombre es la huella del infinito original, o si el Uno, al-Wahed, Adonai, Dios, son los nombres que el Hombre ha dado a la Transcendencia que siente en él frente a la Gran Arquitectura del Universo. Sea lo que sea, para mí es el nexo profundo entre microcosmos y macrocosmos: *“Conócete a ti mismo y conocerás el Universo y a los dioses”,* o a la inversa: *“Conoce el Universo y a los dioses, y te conocerás a ti mismo”.*

Este es en todo caso el final del camino en cuyo principio nos situó la iniciación masónica. La búsqueda del Conocimiento, de concordancia con el cosmos, la reencontraremos, bajo una forma u otra, en muchos de los grados de nuestro camino iniciático en el Rito Escocés Antiguo y Aceptado. Está expresada aquí en el simbolismo de nuestra iniciación de masones -de constructores- y centrada por lo tanto en el Templo: el templo exterior símbolo del universo, macrocosmos, y el templo interior que tenemos que construir, microcosmos reflejo del macrocosmos, pues, como nos dice Hermes Trismegisto: *“lo que está abajo es como lo que está arriba, para expresar el misterio del Único”.*

-
- ¹ Luciano de Samosata, "Sobre una falta cometida al saludar".
- ² Aecio, "Vetusta Placita".
- ³ Según Daniel Delattre en la obra colectiva "Les Présocratiques", Ed. Bibliothèque de la Pléiade, n.º 345, 1988.
- ⁴ Porfirio, "Vida de Pitágoras".
- ⁵ Jámblico, "Vida pitagórica".
- ⁶ Michel de Montaigne, "Ensayos", Libro II.
- ⁷ Como se sabe, los compañeros adoptan un sobrenombre, que generalmente está compuesto por su lugar de origen y una virtud atribuida (*N. del T.*).
- ⁸ Agricol Perdiguier (1805-75), "Le livre du Compagnonnage".
- ⁹ Agricol Perdiguier (1805-75), "Mémoires d'un compagnon".
- ¹⁰ "Dictionnaire du Compagnonnage", François Icher, Editions Borrego, 1992.
- ¹¹ "Voyages dans le Compagnonnage", François Icher, Editions Mortagne.
- ¹² "Le Compagnonnage", Étienne Martin Saint Léon (1901), Reedición Librairie du Compagnonnage, 1983.
- ¹³ Francois Henry Cevey, co-autor de la obra colectiva "Merveilleuse Notre Dame de Lausanne", Ed. Grand-Pont, 1975. También de "Carnet de Croquis de Vézelay", 1997, y de "Harmonie du Trait", Spirito dell'Arte, 2011. (*N. de T.*)
- ¹⁴ Louis Charpentier, "Les Mystères de la cathédrale de Chartres", Editions Robert Laffont, 1966.
- ¹⁵ René Guenon, "Études sur la Franc-maçonnerie et le Compagnonnage", Editions traditionnelles, 1964. (*N. de T.*: Hay una edición en español reciente: "Estudios sobre la Masonería y el Compagnonnage", Tomo I. Associazione culturale Pardes, 2016).
- ¹⁶ "Nuestra" se refiere solo a los integrantes de la masonería especulativa. (*N. de T.*)
- ¹⁷ Mantenemos la traducción generalizada por el título de la famosa novela de Raoul Vergez, pero se refiere concretamente a un reloj de péndulo. (*N. de T.*)
- ¹⁸ Platón, "La República".
- ¹⁹ Platón, "Timeo" y "Critias".
- ²⁰ René Guenon, "La crise du monde moderne" (*N. del T.*: hay una edición en español reciente: "En la crisis del mundo moderno", Paidós Ibérica, 2001).
- ²¹ Maestro Eckhart, en el sermón "Hay en el alma una fortaleza".
- ²² Platón, "La República".
- ²³ Plotino, "Eneadas".
- ²⁴ Pierre Seghers, "Omar Khayyâm, sa vie et ses katrains Rubâ'iyât", Edición del mismo, 1991.
- ²⁵ Avicena, en la parte metafísica del "Kitâb al-Shifâ" (El Libro de la Curación).
- ²⁶ Henry Corbin, "Avicenne et le récit visionnaire". Editorial Verdier, 1999. (*N. del T.*: hay una edición en español: "Avicena y el relato visionario". Paidós Orientalia, 1995).
- ²⁷ Maestro Eckhart, en el sermón "Del hombre noble".
- ²⁸ Maestro Eckhart, en el sermón "Hay en el alma una fortaleza".